cubierto era una provocacion asi como declaraba un peligro. De pronto ocurrió un arbitrio irregular para salir de apuros, y fué alborotarse en varias capitales los amantes de la Constitucion y encaminarse agavillados á las casas de quienes allí tenian el mando superior á pedirle que obligase á salir de la ciudad á unos pocos anti-constitucionales de los mas conocidos. Este quebrantamiento de la seguridad personal era una tropelía al uso del gobierno antiguo que usaba de la facultad de desterrar como arma favorita. Tenia ademas el inconveniente de que irritaba sobremanera sin producir grande efecto, pues los desterrados se iban á otro lugar, enconado el ánimo, á desahogar su rabia contra el gobierno existente, para ellos uno de verdadera tiranía. Su única ventaja era que infundia terror y con ello retraia un tanto ó de meterse en conjuraciones, ó de manifestar los pensamientos contrarios al gobierno establecido con una osadía que alentando á mayores alzamientos era no poco peligrosa. El ministerio desaprobó, como debia, tales procedimientos, pero sus gobernadores en las provincias casi todos los consintieron, mandando salir desterradas á las personas señaladas por el odio ó temor de la gente inquieta. Acaeció tambien, como no era menos natural, cometerse injusticias en la general persecucion, porque piques privados aprovechaban tan buena ocasion para satisfacerse, y mas de un liberal ó de un absolutista pacífico llevaba la pena que solo sonaba aplicada á los mas temibles enemigos de la Constitucion, al paso que de quienes lo eran verdaderamente y muy acérrimos, olvidados algunos quedaban indemnes, no siendo fácil perseguir á todos los de semejantes opiniones. Crecia con tales tropelías el descontento. Como si ellas no bastasen, solia tambien cantarse delante de las ventanas de los tenidos por desafectos el funesto «trágala». Con ser pésimo su efecto, no faltaba todavía quienes le ponderasen, y á su vez la ponderacion aumentaba la ira que infundia accion tanto cuanto insultante necia.

Pero un hecho de harto peor índole señaló feamente este período de la revolucion de España. A principios del año habia sido preso por trazador de un levantamiento contra las leyes existentes un capellan de honor llamado D. Matías Vinuesa, hombre de cortas luces y loco celo. Cogiósele un plan de su conjuracion lleno de desvaríos, viéndose que no contaba con medios para llegar á sus desatinados fines. Hízosele proceso, y el juez, ó movido acaso á misericordia, porque de la causa si resultaba el reo sin duda culpado, tambien parecia digno de compasion como casi demente, ó tal vez saliendo á empeños de poderosos valedores, sin atreverse á absolverle, hubo de condenarle á pena menor que la de muerte, única que era aplicable á su delito. Alborotáronse al saber la sentencia los liberales acalorados de Madrid; formáronse corrillos, donde se vociferaban amenazas contra el juez y el delincuente, y pasándose de las palabras á las obras, amotinada una gavilla de hombres frenéticos y acalorados, corrió á la cárcel donde estaba Vinuesa, allanó la entrada, penetró hasta el calabozo, y echándose sobre la pobre víctima, le quitó la vida ferozmente, sirviéndoles un martillo ó mazo de principal instrumento. Recibió el pobre mártir la muerte como hombre piadoso, arro-